

Martín Ocaña Flores

una aproximación evangélica

— *a la teología de la prosperidad* —



LOS BANQUEROS

de

DIOS



Ediciones
PUMA

Sinopsis

En décadas recientes ha proliferado en toda América Latina un discurso con diversos matices conocidos como teología de la prosperidad. Tanto en iglesias como a través de los medios de comunicación se predica un “evangelio” según el cual los bienes materiales incluyendo la riqueza, el éxito personal, la fama y la salud física son bendiciones que Dios ha puesto a nuestro alcance a condición de que confiemos en él. Es decir, “los cristianos están obligados a ser ricos, y si no lo son es porque viven en pecado o les falta la fe en las leyes de la prosperidad que están en la Biblia”.

En esta nueva edición el autor profundiza, a la luz de las Escrituras, una evaluación crítica de la llamada teología de la prosperidad y actualiza su análisis con un ensayo sobre los nuevos apóstoles. Lo distintivo de este libro es que se trata de un análisis bíblico y teológico y también psicológico y sociológico. Este enfoque es importante porque, en general, los evangélicos analizan el fenómeno religioso sólo desde la óptica bíblico-teológica, sin considerar que el mismo debe también ser estudiado desde otras disciplinas.



Martín Ocaña Flores

una aproximación evangélica
— a la teología de la prosperidad —



LOS BANQUEROS

de

DIOS

Segunda edición



Ediciones
PUMA

Los banqueros de Dios

Una aproximación evangélica a la teología de la prosperidad

© 2014 *Martín Ocaña Flores*

© 2014 Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP) – Ediciones Puma

Segunda edición digital: agosto 2020

ISBN N° 978-612-4252-69-3

Categoría: Vida cristiana - Asuntos contemporáneos

Segunda edición impresa: junio 2014

ISBN N° 978-9972-701-93-1

Primera edición impresa: octubre 2002

Editado por:

© 2014 Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP) – Ediciones Puma

Av. 28 de Julio 314, Int. G, Jesús María, Lima

Tel./Fax: (511) 423-2772

Apartado postal: 11-168, Lima - Perú

E-mail: administracion@edicionespuma.org

ventas@edicionespuma.org

Web: www.edicionespuma.org

Ediciones Puma es un programa del Centro de Investigaciones y Publicaciones (CENIP)

Diseño de carátula: Henrique Martins Carvalho

Diagramación y ePub: [Hansel J. Huaynate Ventocilla](#)

Reservados todos los derechos

All rights reserved

Prohibida la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro por algún medio mecánico, electrónico, fotocopia, grabación u otro, sin autorización previa de los editores.

Prólogo a la segunda edición

Las primeras teologías en la historia de la iglesia fueron apologéticas. Se trataba de elaborar una defensa de la fe en confrontación con los desafíos de otras religiones y de filosofías que amenazaban lo central del Evangelio. Paul Tillich define a la “apologética” como “teología que responde a la situación”. Con la obra de Martín Ocaña, *Los banqueros de Dios* estamos, precisamente, en presencia de una teología apologética que responde a una situación concreta: el surgimiento, desarrollo y popularidad de la “teología de la prosperidad”.

Aunque como bien señala el autor, sus promotores no designen su discurso con esa terminología, él mismo es portador de una teología cuyo eje central está en la prosperidad, sobre todo material, de los cristianos y las cristianas. Por definición, “teología” es un *logos* (discurso, razonamiento, ciencia) concerniente al *Theos* = Dios. No hay una sola manera de hacer teología. Se trata de un campo de conocimientos tan diverso que se podría decir que su enumeración es casi infinita: teología bíblica, teología sistemática, teología pastoral, teología histórica, teología estética, teología política, teología contextual, teología de la liberación, teología de género, etc. Pero si hay algo que unifica a la teología cristiana —ya que hay teologías que no son cristianas— es el fundamento bíblico.

Como bien señala Ocaña, una “teología bíblica, por lo anteriormente dicho, es una construcción humana seria, responsable, y que presupone —como mínimo— el *manejo de diversas herramientas* que hagan de su discurso, y de la

práctica que acompaña, una articulación coherente, fiel a “todo el consejo de Dios”. Esta última frase, “todo el consejo de Dios”, tiene una importancia mayúscula, porque siendo la Biblia una colección de libros, se ha dicho hasta el cansancio que con ella se puede fundamentar cualquier cosa. Todo depende de los textos que privilegiamos a la hora de elaborar una teología.

Las llamadas “sectas” —no olvidemos que el cristianismo comenzó como una “secta” del judaísmo— tienen un mínimo común denominador: basan sus doctrinas en “textos sueltos” de la Escritura. No apelan a la totalidad del consejo de Dios, interpretando lo que en general enseña la Biblia sobre un tema en particular. En el caso del discurso teológico que nos ocupa, sus promotores, como demuestra el autor, apelan a una “hermenéutica simbólica”. La cita de textos de la Biblia no convierte a una teología en teología bíblica *stricto sensu*, ya que esos textos sólo son un aditamento a los presupuestos adoptados previamente a modo de *petitio principii*.

Ocaña rastrea en los orígenes de este movimiento e insinúa que acaso nos encontramos con una especie de “Weber redivivo”. En efecto, el sociólogo Max Weber había planteado en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* —texto que a menudo se lee superficialmente— un contraste entre países protestantes y países católicos. El *ethos* de sus respectivos pueblos era tan contrastante que para los primeros el trabajo, el ahorro y la prosperidad económica servían de acicate para su acción en el mundo; en otras palabras, se trataba de una santidad intramundana que confirmaba la elección divina. Por el contrario, para los segundos, la santidad y espiritualidad cristianas se hacían patentes en el servicio sacerdotal. Ahora, la teología de la prosperidad pareciera remozar ese esquema, pero de un modo más radical e incisivo: en la medida en que el cristiano y la cristiana prosperen, como “hijos e hijas del

Rey”, autenticarán su filiación divina en el mundo. Lo que el autor afirma sin ambages es que efectivamente hay prosperidad económica en los ámbitos estudiados, pero en su mayoría los que prosperan no son los creyentes en general sino, sobre todo y, casi exclusivamente, los líderes de esos espacios religiosos.

De manera particular debe destacarse el esfuerzo del teólogo peruano por analizar la presencia e impacto de la teología de la prosperidad en su propio país. Citando a su compatriota Samuel Escobar, Martín Ocaña Flores dice que en los escenarios del neopentecostalismo, los discursos ya no son la “articulación teológica” propia de los evangélicos ni la predicación narrativa del pentecostalismo clásico, sino que se trata, pura y simplemente, de un discurso “que exalta la funcionalidad de la fe”. En otras palabras, apela a su aceptación para lograr resultados palpables en términos de prosperidad económica.

El autor define bien a la teología de la prosperidad como un nuevo fundamentalismo, ya que se construye a partir de los postulados clásicos del fundamentalismo estadounidense, con su énfasis en la infalibilidad de la Biblia y su “inerrancia”, aunque este último aspecto fue un agregado posterior del movimiento. Sobre la responsabilidad social, este nuevo fundamentalismo se torna simplista y evasivo, ya que todo se solucionará, mágicamente, si se siguen las recetas de su discurso. El texto de Ocaña señala con acierto que el plano en que se construye ese discurso es eminentemente individualista; se trata de que cada uno alcance su salvación económica sin importarle el prójimo en su necesidad, a quien solo cabe convertirlo a este nuevo evangelio de prosperidad.

También debe destacarse la identificación de este movimiento teológico como una nueva religiosidad evangélica o, mejor expresado, “de los evangélicos”, ya que

con el evangelio de Jesús tiene poco o nada que ver. Este aspecto muestra la importancia de las expresiones religiosas del culto, el discurso, los ritos y los gestos que resignifican una fe determinada y se corporizan en aspectos de magia presentes en otras expresiones y que los propios fundamentalistas se han ocupado de criticar de modo acerbo y constante. Se cumple, entonces, lo que Jesús dijo de los hipócritas (etimológicamente: actores) que ven la paja en el ojo del prójimo sin advertir que tienen una viga en el propio (Mt 7.3). En otras palabras: estos neofundamentalistas —para usar la nomenclatura de Ocaña— se han ocupado de criticar las procesiones, las romerías y las invocaciones a la virgen María y a los santos, propios de la religiosidad popular católico-romana, pero ahora ellos practican lo mismo bajo otras invocaciones para obtener la ansiada prosperidad. El autor reflexiona sobre el tema de la “pentecostalización” de las iglesias evangélicas y, aunque no define lo que significa ese fenómeno, hace bien en dejarlo planteado como una tarea propia de especialistas que puedan distinguir claramente entre el pentecostalismo histórico o clásico y esta “neopentecostalización” a la cual pareciera han ingresado muchas iglesias que distan de tener un origen en el pentecostalismo original.

En algunos tramos de su exposición, Ocaña apela al humor, como cuando señala que algunos de los líderes de esta teología en Estados Unidos han construido verdaderos imperios económicos a partir de seducir a los incautos con su discurso de la prosperidad. De “evangelistas” han mutado en “evange-listos”. O cuando señala que los neopentecostales consideran como “ataduras espirituales” escuchar la música del dúo Pimpinela o de Camilo Sesto. No dice nada de Madonna o de Shakira, aunque suponemos que también podrían agregarse a la lista de las músicas “mundanas” a las cuales hay que renunciar.

Debemos apreciar el abordaje multidisciplinario que el autor realiza al fenómeno en estudio. No es sólo un análisis bíblico y teológico sino también psicológico y sociológico, apelando a una diversidad de fuentes de autores respetables en esas disciplinas. Esto es sumamente importante porque, en general, los evangélicos se han caracterizado por analizar el fenómeno religioso sólo desde la óptica bíblico-teológica, sin advertir que también debe ser estudiado desde la psicología, la sociología y la fenomenología de la religión.

En síntesis, *Los banqueros de Dios*, en la segunda edición revisada y ampliada, representa una teología apologética, contextual y valiente. Es, en términos de Paul Tillich, una “teología que responde la situación” no sólo existencial sino también religiosa en que nos encontramos a partir de la instalación de la prosperidad como nuevo eje hermenéutico. Es contextual porque se elabora como respuesta a esa situación concreta y, sobre todo, es valiente debido a que el autor ha superado cualquier tipo de temor para deconstruir el andamiaje conceptual de este falso evangelio cuya popularidad no lo autentica a la luz del testimonio bíblico. Es un “evangelio” que sustituye la gracia de Dios por las obras; es utilitario, consumista e individualista.

Con las más diversas herramientas hermenéuticas procedentes, no sólo de las ciencias teológicas sino también de las sociales, Ocaña Flores ha desenmascarado el falso evangelio de la prosperidad por ser una propuesta que no viene del Dios de la gracia, solidario con los pobres y desclasados, sino una deidad cuyos elegidos son los que apuestan a una lotería celestial para disfrutar en la tierra. Debemos agradecer a este joven teólogo peruano por ofrecernos una obra polémica pero sumamente necesaria en estos tiempos en los que parece que la globalización no sólo es un fenómeno económico y cultural sino también religioso.

Alberto F. Roldán

Argentino, doctor en Teología y máster en Ciencias
Sociales y Humanidades

Director de Posgrado del Instituto Teológico (FIET)

Director de la revista *Teología y Cultura*

(www.teologos.com.ar)

Buenos Aires, enero de 2013

Introducción a la segunda edición

Han pasado poco más de diez años desde la primera edición del presente libro. Muchas cosas han sucedido en el escenario latinoamericano, así como muchas experiencias ministeriales han profundizado mi reflexión acerca de la teología de la prosperidad y el neopentecostalismo (o Nueva Reforma Apostólica, como prefieren llamarse hoy).

Por ejemplo, en estos diez años los propugnadores de dicha teología no sólo no han producido una obra seria sino que han continuado en lo mismo, es decir, se han limitado a seguir divulgando una serie de tratados carentes de sólido fundamento bíblico. Hasta daría la impresión de que la biblia les interesa poco, pues la usan como mejor les conviene. En eso no se distinguen de algunas agrupaciones religiosas, como los testigos de Jehová y sus “textos de prueba”¹. La hermenéutica bíblica sigue siendo uno de sus mayores déficits.

Como estos nuevos vientos de doctrina se esparcen rápidamente, la teología de la prosperidad también ha llegado a la Iglesia Católica. Y no me refiero a la prosperidad que exhibe aún con no poca ostentación dicha iglesia, sino a que dicha teología *en tanto doctrina* ha penetrado a la institución (y no sólo a la rama carismática)². El obispo guatemalteco Víctor Palma, en la XII Asamblea General del Sínodo de los Obispos celebrado en Roma (5-26 de octubre de 2008), no dudó en señalar que la teología de la

prosperidad es la evidencia de “la *magicización* del texto bíblico”.

Por otro lado, diversas instituciones, concilios, iglesias y denominaciones en América Latina se han pronunciado contra la teología de la prosperidad, el movimiento de guerra espiritual y los nuevos apóstoles (autodenominados “Nueva Reforma Apostólica”). En la experiencia peruana, las denominaciones evangélicas más grandes en número no sólo han tomado distancia, sino que además han producido sólidos documentos teológicos y pastorales para salvaguardar la sana doctrina y la práctica consecuente³.

En consonancia con lo anterior, y desde otras latitudes, hace poco el Consejo Nacional de Evangélicos en Francia (CNEF) redactó un documento con el propósito de apartar la teología de la prosperidad de las iglesias francesas⁴. Y la prestigiosa Comisión de Teología del grupo de Lausana (entre ellos Chris Wright) sostiene que “las enseñanzas de los que promueven enérgicamente el ‘evangelio de la prosperidad’ son falsas y distorsionan gravemente la Biblia”.⁵

Estas ilustres voces ratifican tan sólo una vez más lo que se ve en el campo de la práctica misionera. Así Peter Cotterell, un exmisionero en Etiopía que conoce de cerca cómo opera la teología de la prosperidad en ese país, sostiene que ésta tiene una deficiente hermenéutica bíblica⁶. En realidad, el problema con dicha teología es más profundo aún. Como dice Mc Connell, el “evento central del cristianismo no es la prosperidad sino la cruz y la resurrección de Jesús”⁷. Otros, como Jérôme Anciberro, prefieren observar que dicha teología no es sino una verdadera idolatría del dinero, además de ser hedonista y profundamente antropocéntrica⁸. Y en opinión de Valdir Steuernagel, la teología de la prosperidad alimenta ideológicamente la estructura social injusta⁹.

En estos últimos diez años el Señor me ha permitido no sólo conocer de cerca diversas iglesias del continente, sino también dialogar con pastores, participar en talleres y congresos, entrevistar a teólogos reconocidos de América Latina, así como pronunciar conferencias en diversos países sobre el tema de este libro. Todas estas experiencias valiosas me permiten decir con certeza que el contenido de la primera edición de *Los banqueros de Dios* sigue totalmente en pie.

Por eso es que para esta segunda edición me he limitado a lo siguiente: actualizar la bibliografía, corregir las erratas, que al parecer son inevitables, recortar algunas citas y párrafos, así como incluir dos nuevos ensayos y un apéndice. Debo decir que inevitablemente tuve que prescindir de “La iglesia de los empresarios”, que apareció en la primera edición, por razón que abordaba un libro de fines de los noventa. Esta nueva edición, pues, profundiza lo que se planteó en la primera edición y actualiza la temática del libro con un ensayo sobre los nuevos apóstoles (“Nueva Reforma Apostólica, nueva teología política”).

Aquí es útil recordar que diversos estudios críticos sobre la teología de la prosperidad y la Nueva Reforma Apostólica han aparecido en los últimos años. A la conocida obra de Leonildo Silveira Campos, *Teatro, templo y mercado. Comunicación y marketing de los nuevos pentecostales en América Latina* (Quito: Abya Yala, 2000), hay que añadirle el trabajo de Paulo Barrera, *Tradição, Transmissão e Emoção Religiosa. Sociologia do Protestantismo Contemporâneo na América Latina* (São Paulo: Olho d’Água, 2001).

Por su parte, Guillermo Green en Costa Rica publicó *¡Alerta Roja!* (Guadalupe, Costa Rica: CLIR, 2009) donde aborda con agudeza bíblica y corazón pastoral los temas que también nos preocupan a nosotros. Más recientemente han aparecido los libros de David Jones y Russell

Woodbridge *¿Salud, riquezas y felicidad?* (Grand Rapids, MI: Portavoz, 2012) y Katherine Attanasi y Amos Yong (editores). *Pentecostalism and Prosperity* (New York: Palgrave Macmillan, 2012). Este último libro explora las implicaciones socioeconómicas de la teología de la prosperidad en la vida de pentecostales. Finalmente, está el trabajo de Osías Segura: *Riquezas, templos, apóstoles y súper apóstoles* (Barcelona: CLIE, 2012), que se suma a la monografía de Yattenciy Bonilla y Freddy Guerrero. *Nuevas formas de poder. Movimientos apostólicos y mesiánicos “evangélicos”* (Quito: CLAI – FLET – FLEREC, 2005).

Por otro lado, quiero señalar que tanto la teología de la prosperidad como el nuevo movimiento apostólico (o “Nueva Reforma Apostólica”) nos siguen desafiando a los cristianos evangélicos, por lo que se hace necesario reflexionar en las tareas que aún tenemos y que apenas señalo a modo de orientación o provocación (en el mejor sentido de la palabra).

Tareas pendientes:

Para las iglesias y denominaciones:

Aunque felicitamos a las denominaciones que han tomado una postura clara frente a la teología de la prosperidad y los nuevos apóstoles, no es suficiente. Es necesario hacer un trabajo fuerte de discipulado a nivel de iglesias locales y continuar con el adoctrinamiento bíblico. No hay que olvidar que esos vientos de doctrina aprovechan cualquier fisura para causar destrozos.

Para los seminarios teológicos:

Así como en los cursos de “teología contemporánea” se estudian las teologías y teólogos que “han hecho daño” a la iglesia, ya es hora de incluir en esa materia la teología de la prosperidad y otras corrientes de pensamiento afines. ¿Hasta cuándo se las va ignorar dejando, en consecuencia, sin una opinión fundada en la Biblia a los que se preparan para el ministerio?

Para los teólogos:

Creo que es tiempo de dar mayor atención en nuestras investigaciones y publicaciones a la teología de la prosperidad y a la Nueva Reforma Apostólica. Estos movimientos han aparecido con la pretensión de perpetuarse y dominar todo el escenario religioso (y político, creo yo) en América Latina. Los nuevos fundamentalismos religiosos reclaman nuestra atención. No es que éste sea el único tema a investigar. Se trata de no pasar por alto lo que está afectando a la iglesia del Señor.

Mi agradecimiento al Dios de la vida por las fuerzas que recibí para terminar esta edición actualizada en medio de las diversas responsabilidades ministeriales. Una vez más agradezco a Ediciones Puma, en la persona de Víctor Arroyo, por la confianza para publicar esta segunda edición. Agradezco a mi familia, a cada uno de ellos por el enorme apoyo que me han dado, y particularmente a mi amada esposa, Mercedes, quien no sólo es mi compañera de vida sino de ministerio. Su aliento, apoyo y cariño es algo que va más allá de todo reconocimiento. A ella le dedico este libro.

Moquegua, Perú, setiembre del 2013.

¹ Por ejemplo: Bruce Wilkinson. *Una vida recompensada por Dios*. Miami: UNILIT, 2002; Ed Silvano. *Ungido para os Negócios*. São Paulo: Willaim Books, 2003; Dennis Peacocke. *Haciendo negocios a la manera de Dios*. Santa Rosa: Rebuild, 2003; Kenneth Ulmer. *Haz que tu dinero cuente*. Miami: Vida, 2009; y

Orison Swett Marden. *El camino de la prosperidad*. Madrid: Editorial Creación, 2010, entre otros.

- 2 Manlio Graziano. "L'église Catholique et la Théologie de la Prospérité en Amérique Latine". En *Outre Terre*, n.º 18, 2007/1, pp. 55-85.
- 3 Algunos de estos documentos se encuentran en *Textos para la Acción*, n.º 15, año 9, Lima, 2001, pp. 125ss.
- 4 Ninro Ruiz Peña. "Evangélicos franceses acuerdan alejarse de la teología de la prosperidad". Disponible en <http://www.noticiacristiana.com/educacion/teologia/2012/07/evangelicos-franceses-acuerdan-alejarse-de-la-teologia-de-la-prosperidad.html> (Jueves 5 de Julio de 2012). También en Francia la prestigiosa revista misiológica *Perspectives Missionnaires*, n.º 53, 2007/1, dedicó ese número a la economía y la fe, en el cual se analiza la teología de la prosperidad.
- 5 "Grupo Lausana apela contra el mensaje a la prosperidad". Disponible en <http://www.noticiacristiana.com/educacion/teologia/2009/12/grupo-lausana-apela-contra-el-mensaje-a-la-prosperidad.html> y en el documento *El Movimiento de Lausana, El compromiso de Cape Town*, se lee: "La predicación y la enseñanza generalizada del evangelio de la prosperidad en todo el mundo plantea problemas significativos".
- 6 Peter Cotterell. *Prosperity Gospel*. Leicester: RTSF, 1993.
- 7 D. Mc Connell. *A Different Gospel*. Peabody: Hendricksen Pub., 1990, p. 180. En ese mismo sentido, Andrew Heard sostiene que la teología de la prosperidad tiene un mensaje muy peligroso al partir de un concepto equivocado de Jesucristo. Cf. "A different Jesus". En *The Briefing*, n.º 338, Irlanda, 2006, pp. 10-13 (número dedicado a la teología de la prosperidad).
- 8 Jérôme Anciberro. *In discussione la teologia della prosperità*. Disponible en: www.temoignagechretien.fr.
- 9 Valdir Steuernagel. "To seek to transform unjust structures of society". En A. Walls & C. Ross (editores). *Mission in the 21st Century. Exploring the five marks of Global Mission*. New York: Orbis Books, 2008, p. 75.

Introducción a la primera edición

El presente escrito tiene el único propósito de ofrecer una visión de la llamada teología de la prosperidad. Es mi opinión que esta nueva corriente teológica es la expresión “doctrinal” —aunque es mucho más que eso— de una nueva religión (el neopentecostalismo) cuyos orígenes tienen algo que ver con el pentecostalismo clásico, así como con el protestantismo, y que tiene vínculos muy estrechos con las nuevas filosofías propias de la presente época de incertidumbres, vacíos y fragmentaciones —la posmodernidad— y con la globalización del mercado. Aunque básicamente el libro está enfocado en la teología de la prosperidad en el Perú, creemos que puede servir para entender ese nuevo discurso que está presente en toda América Latina, pues tienen los mismos orígenes y las mismas características.

Actualmente la teología de la prosperidad tiene un rol protagónico en el campo religioso latinoamericano, tanto así que las consecuencias ya podemos verlas con nuestros propios ojos. Este libro intenta describirlo y evaluarlo a partir de algunas experiencias concretas y de la abundante producción bibliográfica. Sobre un tema tan complejo, lo único que tenemos que decir es que pretendemos dar un pequeño aporte, nada más. Asimismo, nos han motivado a escribir este trabajo preocupaciones de índole pastoral. Creo que mucha de la predicación que ha invadido a las iglesias evangélicas y los medios de comunicación, tiene un contenido realmente cuestionable a partir de la revelación

bíblica. Aun así, espero que este libro sea tomado como un humilde aporte en el amplio diálogo hermenéutico para la articulación de una teología bíblica, no de la prosperidad, sino del bienestar humano en las actuales condiciones y proyecciones de América Latina.

Este libro ha sido escrito pensando fundamentalmente en los pastores y líderes de las diferentes iglesias evangélicas, que no son necesariamente eruditos en temas teológicos o religiosos, pero que tienen la enorme tarea y responsabilidad de enseñar a la iglesia *todo el consejo de Dios* (Hch 20.27). Por otro lado, debo advertir al lector que este libro no tiene todas las respuestas a todas las inquietudes o preguntas que se tengan sobre el tema. Como no existe un manual de teología de la prosperidad —en el que se expongan sistemáticamente sus doctrinas sobre Dios, la iglesia, el hombre, la fe, la conversión, etcétera— dejo que el lector haga deducciones directamente de las referencias bibliográficas. Lo invito, pues, a una tarea hermenéutica como parte de su interés por comprender la teología de la prosperidad. Pido disculpas de antemano a los lectores porque encontrarán abundantes citas, algunas bastante amplias. Si las he incorporado al texto es por la sencilla razón de que deseo que tengan fuentes de primera mano a su alcance y juzguen por sí mismos.

Además, quiero aclarar que he escrito este libro condicionado por mis experiencias y circunstancias. He sido pastor en varias iglesias y también docente teológico en diversas instituciones tanto en Lima como en el interior del Perú. Soy evangélico y latinoamericano, y mis preocupaciones se relacionan con estas referencias. No puedo escribir, por tanto, de otra manera. Este trabajo, como cualquier otro, es perfectible. Si hay cosas que he olvidado, complételo. Si hay cosas en que estoy equivocado, entonces corríjalo. Realmente espero que este libro motive a otros hermanos y hermanas en la fe a investigar más

profundamente las nuevas doctrinas neopentecostales como parte de su preocupación pastoral, y que luego compartan con el pueblo de Dios el fruto de su trabajo. Necesitamos urgentemente la Palabra de Dios, que es viva y eficaz para toda persona, en medio de tanto griterío que pervierte la fe y la praxis cristiana. Tengo la convicción de que la teología de la prosperidad no ahogará “la Palabra del Señor que permanece para siempre” (1P 1.25).

Doy gracias a Dios por haberme regalado el tiempo y las fuerzas necesarias para culminar este escrito, pero también agradezco a muchas personas e instituciones que han hecho posible que este libro vea la luz: aquellos que me ayudaron recopilando materiales, haciendo entrevistas, proveyendo información de primera mano, incluso dándome la oportunidad de compartir mis investigaciones. Entre éstos se encuentran los núcleos de Costa Rica y del Perú de la Fraternidad Teológica Latinoamericana, la Universidad Bíblica Latinoamericana (tanto en su sede central de Costa Rica como en su Recinto en la ciudad de Lima), el Instituto Bíblico de Lima, el Seminario Evangélico Bautista del Sur del Perú (en Moquegua y Tacna), el Concilio Nacional Evangélico del Perú, el Centro Evangélico de Misiología Andino-Amazónica (CEMAA) y su Facultad Evangélica Orlando E. Costas, el periódico *La Verdad*, y la revista *Signos de Vida* (Quito), entre otros.

En particular quiero agradecer a seis personas: al Dr. Heinrich Schäfer, asesor de tesis, quien leyó parte del texto y me dio diversas sugerencias de carácter metodológico; a Roger Araujo, pastor presbiteriano, y Tito Pérez, periodista, quienes siempre me animaron a publicar mis escritos; a mis hermanas Elhui y Teddy por todo el apoyo que me dieron para elaborar este trabajo; y sobre todo a Meche, mi amada esposa, quien literalmente tuvo que soportar muchas ausencias mías. No exagero, ni una tilde, si digo que con ella compartí este trabajo antes de publicarlo y que le debo

muchas observaciones e ideas. Aun así, todos los posibles aciertos y desaciertos son de única responsabilidad mía.

Capítulo 1

Acercamientos a la teología de la prosperidad

Sabemos que no existe en ninguna parte de América Latina una reflexión teológica que se autodesigne “evangelio de la prosperidad” o “teología de la prosperidad”. Igualmente, sus expositores tampoco se identifican en esos términos. Lo que sí se puede constatar es que son los críticos quienes les han dado esos calificativos. *En definitiva se trata de un apodo, nada más, pero que no ha sido todavía lo suficientemente explicado, y tal vez tampoco sea necesario hacerlo.* Nos parece, sin embargo, que mientras “evangelio” se refiere a un discurso *poco articulado* teológicamente, digamos un anuncio o predicación; “teología” designa un pensamiento oral o escrito mucho *más elaborado teóricamente*. Nuestra percepción, además, es que los apologetas de dicha reflexión teológica se sentirían más a gusto con el término “evangelio” que con “teología”, pues mientras el primero tiene la connotación de una “buena noticia” el segundo posee una connotación más “racionalista” o “modernista” que ellos rechazan.

Este capítulo, además, tiene su origen en la *existencia* del discurso teológico de la prosperidad económica en las nuevas agrupaciones religiosas y en las más variadas iglesias protestantes, así como en la *casi ausencia* de una

sistematización y evaluación de ella en la reflexión teológica en América Latina, hasta donde tenemos conocimiento. Nos proponemos ofrecer algunas aproximaciones a la comprensión de la teología de la prosperidad. Como el lector comprobará, hemos planteado el tema mediante seis preguntas. Son preguntas que me han hecho los líderes de las iglesias, y que ahora se las devuelvo un poco más elaboradas con la esperanza de seguir profundizando el diálogo. Ciertamente, no he tomado en cuenta algunas propuestas que no son sino disparates mal intencionados (como aquella explicación de que la teología de la prosperidad es la verdadera teología de la liberación o su verdadera concreción en el actual contexto)¹⁰.

¿Una auténtica teología bíblica?

Se presupone que toda articulación teológica debe tener un mínimo de fundamento bíblico, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. La tentación de todas las teologías es la de presentarse como “verdaderamente” bíblica y “profundamente” contextual. Ninguna teología, es obvio, va a presentarse como opuesta al espíritu de la Biblia y ajena a la realidad que pretende llegar. Fidelidad a la Palabra de Dios y a las necesidades del contexto en que surge la reflexión es el anhelo de la teología. Pero fidelidad a la Palabra de Dios no significa citarla mecánicamente (como en algunos grupos religiosos llamados “sectas”), sino considerar la Biblia en sus respectivos contextos. Eso implica un serio *trabajo hermenéutico*, respetando las reglas de interpretación (exégesis). Por otro lado, se espera que la reflexión teológica surja y responda a las necesidades sentidas, las luchas cotidianas y las esperanzas de la comunidad de fe, para que no parezca ajena, extraña o impuesta. Una teología bíblica, por lo anteriormente dicho,

es una construcción humana seria, responsable, y que presupone —como mínimo— el *manejo de diversas herramientas* que hagan de su discurso, y de la práctica que lo acompaña, una articulación coherente, fiel a “todo el consejo de Dios”.

En la tradición teológica en la cual la mayoría de los evangélicos hemos conocido al Señor, es decir, el conservadurismo teológico, hasta donde recuerdo nunca se pasó por alto el tema de la bendición material que viene de Dios. Se predicaba que la práctica del diezmo y la fidelidad a Dios traían consigo las bendiciones, siguiendo el texto bíblico de Malaquías 3, entre otros. Bendiciones entendidas en sentido integral: bienes materiales para cubrir las necesidades diversas (salud, trabajo, otros), y bienes espirituales (dones, mayor fe, otros) para trabajar en la misión encomendada por el Señor. Este tipo de predicación iba acompañada de la exigencia de ser “buenos ciudadanos”, respetuosos de la ley y del Gobierno. Además, el creyente evangélico debía ser trabajador, honrado, justo y no despilfarrador. Evidentemente este discurso, y la práctica exigida, eran herederos de las afinidades casi “naturales” entre protestantismo y liberalismo de fines del siglo XIX e inicios del XX. En un periódico protestante de Lima, de 1918, se leía lo siguiente:

— ¿El señor es Protestante?

— Sí, y tengo a honra serlo.

— Pero ¿no son los protestantes unos sectarios fanáticos, una gente de la clase más pobre e ignorante? Así pensamos nosotros los librepensadores.

— ¡Sí, sí, y nuestra Santa madre Iglesia Católica los tiene declarados a ustedes herejes y condenados al fuego del infierno!

— Pues, señores, yo soy protestante y les diré por qué. Los protestantes basan su religión en la Biblia, ley de Dios, la cual han traducido en quinientas lenguas, y se esfuerzan por hacerla llegar a las manos de toda criatura de Dios. *De ahí vino la emancipación de la inteligencia y el alma, la libertad de los esclavos, y la salvación de las naciones de la tiranía del Papa y de los reyes. A los protestantes se les debe hoy la libertad religiosa y la forma republicana de gobierno.* Más de

16 mil hombres han salido de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania y se hallan desparramados entre las naciones para enseñar al pueblo la ley de Dios.

Los protestantes han hecho general y sólida la instrucción por tanto tiempo encerrada en los muros de los conventos. *Ha aumentado millares de veces las riquezas materiales del mundo, llenándolo de una prosperidad y felicidad jamás soñadas. Tienen en sus manos la balanza del destino de las naciones.* Los primeros estadistas, los primeros sabios, los primeros predicadores del mundo se encuentran hoy en medio de ellos.

La civilización moderna se debe a ellos, que son el baluarte y centro de donde brotan regueros de luz alrededor del mundo. *¿Qué nación romanista puede compararse con las naciones protestantes en cultura intelectual, moral y física?* Éstas se encuentran a la vanguardia de todo cuanto es bueno y útil en todos los ramos de la actividad humana¹¹.

Este artículo de por sí es muy elocuente. Pone de manifiesto los diversos conflictos entre protestantismo y catolicismo, pero además evidencia la herencia ideológica del Destino Manifiesto norteamericano, así como ese discurso protestante vinculado a la modernidad económica y política que trae como consecuencia inevitable la prosperidad material. Es en este protestantismo en el cual crecieron algunas generaciones de evangélicos que tanto aportaron a la causa del Señor. El evangelista argentino Luis Palau, más cercano a nosotros cronológicamente, enseña lo siguiente:

De acuerdo con las Escrituras, Dios está más dispuesto a dar que lo que nosotros estamos dispuestos a recibir. Dios tiene preparada prosperidad, éxito y bendición para los creyentes. Pero se debe poner la confianza en Dios, en su palabra y en sus promesas. Dios es su Padre y le ama. El ama su espíritu, alma y cuerpo, y ama también a su familia. Dios *quiere y puede* bendecirle, a todo nivel y en todos los aspectos de su vida. Estudie cuidadosamente las instrucciones divinas para salir del fracaso, de la depresión, de la pobreza y para triunfar en la vida. ¡Gloria a Dios por ser padre de misericordia! “Dios es amor”¹².

Dejando de lado el probable dualismo antropológico de Palau, debemos decir que traduce bien el viejo discurso protestante leído líneas arriba. Detrás de *El Herald* y de Palau, está implícita la idea de que los cristianos evangélicos estamos llamados a evidenciar éxito y

prosperidad. Se entiende, incluso, que es algo normal o “natural” la prosperidad en los evangélicos. Lo que queremos decir es que el discurso evangélico desde que llegó a estas tierras nunca tuvo reparos o temor de relacionarse con temas económicos, y no sólo se detuvo en temas como “la mayordomía cristiana”, sino que llegó a proponer que los cristianos debían vivir en prosperidad material. Esta prosperidad o éxito para los cristianos exigía guardar primeramente cierta ética que Max Weber llamaba “protestante”: trabajo, consumo frugal, ahorro e inversión. Al final el fruto sería la ganancia económica.

Personalmente he conocido muchos casos de hermanos que, después de su conversión al Señor, dejaron diversos vicios (licor, juegos de azar, entre otros) y dedicaron esos gastos perdidos a la educación de los hijos y los negocios familiares. Evidentemente la prosperidad no se dejó esperar. Tal vez sólo algunos se hicieron ricos, pero la gran mayoría mejoraron su situación sustancialmente. La prosperidad, como vemos, exigía el trabajo esforzado. “Esfuézate y sé valiente que el Señor te ayudará”, predicaban los pastores de diversas denominaciones (bautistas, metodistas, presbiterianos, pentecostales, entre otras), y realmente el Señor ayudaba a sus esforzados siervos.

Sin embargo, en las últimas dos décadas han comenzado a proliferar diversos discursos de prosperidad material (entiéndase riquezas abundantes) en toda América Latina. Se predica abiertamente en las iglesias y por los medios de comunicación que los cristianos están obligados a ser ricos, y si no lo son es porque viven en pecado o les falta fe en las leyes de prosperidad que se encuentran en la Biblia. Este nuevo mensaje es conocido como la teología de la prosperidad. Como era de esperar, algunos teólogos y pastores rápidamente han identificado esta nueva corriente con la vieja ética protestante, sin notar las enormes

diferencias tanto en los niveles de contenido como del contexto social en que se presenta.

Hay quienes creen que esta teología estaría en continuidad con la vieja ideología liberal que legitimó el capitalismo, y que hoy es *reinterpretada* como *ideología del ascenso social*, lo que explica la creencia de que Dios bendice a los ricos y que motiva a un tipo de vida extremadamente individualista, propia de la mentalidad del mercado, en la que se da gran importancia a los resultados y al dinero. Por ello, no sorprende que algunos reconozcan este discurso como válido y acorde con cierta tradición protestante. Esto explica la teoría según la cual “la Biblia enseña la prosperidad de los hijos de Dios”, o que “la teología de la prosperidad se encuentra en la Biblia”; y que por tanto nosotros deberíamos prestarle mayor atención.

Esta interpretación, que se encuentra en algunos círculos académicos, cree que la teología de la prosperidad es, en el fondo, un sincero llamado de atención a la teología evangelical actual que descuidó —supuestamente— el tema de la prosperidad material. La tarea, señalan, sería evitar los excesos a los que nos está llevando esta teología: el afán de lucro, la pérdida de sensibilidad por los necesitados, el espíritu sacrificado en el cumplimiento de la misión, etcétera¹³. Algunos creen, incluso, que los libros de Proverbios y Deuteronomio servirían para fundamentar una “auténtica teología bíblica de la prosperidad”.

¿Un nuevo fundamentalismo?

Como es de común conocimiento, el fundamentalismo teológico remite a una cosmovisión y un cuerpo doctrinal surgidos a inicios del siglo xx en los Estados Unidos con el propósito de combatir el “modernismo” (teología liberal)

que en el aspecto teológico negaba el milagro y cuestionaba la autoridad de la Biblia (infalibilidad e inerrancia)¹⁴. Este tipo de fundamentalismo fue la piedra angular de la teología de algunos misioneros que llegaron a América Latina. Muy pronto, en el contexto de la “guerra fría”, se volvió en algunos casos ideológica y políticamente ultraderechista, justificando teológicamente incluso dictaduras sangrientas en esta parte del continente, y bendiciendo experimentos económicos venidos del Norte.

La pelea en Estados Unidos entre “fundamentalistas” y “liberales” muy pronto se sintió en América Latina, y así nos trajeron un problema que no había por qué tenerlo en medio nuestro. A los hermanos que reclamaban justicia social, rápidamente se los acusó de ser partidarios del Evangelio Social (una teología estadounidense de inicios del siglo pasado), de la teología de la liberación e, incluso, de ser comunistas. La sombra del senador McCarthy llegó a nuestras tierras. Estas actitudes trajeron consecuencias nefastas para la iglesia del Señor. No sería exagerado decir que muchas de las divisiones en las iglesias se deben a la responsabilidad de algunos misioneros y, también, de algunos dirigentes nacionales ávidos de poder y adictos al financiamiento foráneo¹⁵.

Este fundamentalismo teológico-político, a decir de algunos, no habría desaparecido con el derribo del Muro de Berlín (1989), sino que se habría transmutado en una nueva ideología religiosa, siempre dualista y “evasiva” de la responsabilidad social. Este nuevo fundamentalismo, además de anticomunista, asume el discurso del mercado libre justificándolo teológicamente. Se trataría de un “fundamentalismo económico” que trae la buena noticia de salvación a los pobres del mundo en nombre del mercado neoliberal. Dicen algunos autores que este neofundamentalismo respondería a las diversas necesidades surgidas en las crisis de inicio de milenio.

¿Cuál es esta ideología religioso-económica o neofundamentalismo? La teología de la prosperidad. Ésta sería un producto de la poderosa e influyente clase media norteamericana y que se expande por todo lugar habitado. Esta teología que exagera el éxito, el bienestar material y el consumo tiene mucho atractivo en los sectores pobres de América Latina que buscan de manera fácil y rápida ascender económicamente. Este neofundamentalismo sigue proclamando los milagros: todos pueden alcanzar riqueza material si cumplen las leyes de prosperidad que están en la Biblia, Palabra de Dios que nunca falla (¿acaso una neoinerrancia?).

Una explicación como ésta interpreta la teología de la prosperidad como un esfuerzo teológico (ideológico) en *concordancia con* los diversos proyectos políticos y económicos vigentes. Se trataría de *una nueva teología orientada* desde los centros de poder actual, apologista de la prosperidad estadounidense como canon para medir si una sociedad es cristiana o no, y *que conspira* contra los intereses de los pueblos latinoamericanos al parecer destinados a la miseria. Esta teología sería, pues, parte de la globalización actual, y tendría la intención de concretizarse como la única expresión teológica “cristiana” válida y acorde con el proyecto globalizador en el presente milenio.

El fundamentalismo antiguo nunca tuvo reparos en identificarse con posiciones políticas y económicas. El neofundamentalismo tampoco. Es más, como se sienten protagonistas y ganadores en el supuesto “fin de la historia”, sale a relucir la soberbia espiritual. Proclaman un Dios que más parece un empresario de Mc Donald’s o de la Toyota. Esto los obliga, en consecuencia, a proclamar un cristianismo lúdico y hedonista, pero también una teología que garantiza la prosperidad material. En el fundamentalismo antiguo, para estar bien con Dios y

alcanzar la salvación había que pagar un precio: renegar de la razón. En el neofundamentalismo, para lograr la riqueza (¿anticipo de la salvación plena?) también hay que pagar un precio: aceptar las leyes de la prosperidad. Las coincidencias del neofundamentalismo con el libre mercado son muy evidentes. El laureado novelista peruano —y fallido político— Mario Vargas Llosa dice:

Creo que hoy día, por primera vez, los países pueden elegir ser libres o esclavos, y pueden elegir también ser prósperos o ser pobres. [...] Que hoy día, gracias a la internacionalización de la vida, a la internacionalización de los mercados, de las empresas, de las ideas, de las técnicas, todos los países, aun los más pequeños, aun aquellos que viven en geografías endemoniadas, que carecen totalmente de recursos, que son pequeños o atestados, *pueden alcanzar la prosperidad si lo desean y si están dispuestos, por supuesto, a actuar en consecuencia, es decir, a pagar el precio que ello tiene*¹⁶.

La teología de la prosperidad tiene el mismo discurso, pero teologizado. Todos los creyentes —de todo lugar, grandes o pequeños, de cualquier denominación— pueden alcanzar la riqueza si es que están dispuestos a pagar el precio. En el fondo se trata del mismo fundamentalismo económico. La prosperidad está al alcance de todos, pero sólo lo alcanzan aquellos que lo desean y arriesgan, sometidos —por supuesto— a las leyes del mercado. ¡Ése es el precio!

¿Una religiosidad popular evangélica?

No existía en el protestantismo peor palabra para describir su experiencia de fe que “religiosidad”. Ni siquiera aceptaba que se dijera que la fe evangélica es una “religión”. “Nosotros predicamos a Cristo, no una religión”, decían algunos pastores, mientras que los fieles cantaban: “Ninguna religión podrá cambiar tu ser [...]”. Religión y